



ZURAMERICA

ediciones & publicaciones

DIECINUEVEMILLONES

PRIMAVERA 2020 - SEGUNDA SEMANA DE DICIEMBRE

Los eclipses en la literatura

Clarín.com

Narratología

Zuramérica

Entre voluntad y oficio

Edmundo Moure

Teresa Wilms Montt

Biografías





Estimadas lectoras, estimados lectores. Qué otra cosa podría decirles, sino que con este Boletín seguimos aprendiendo, recordando y abriéndonos a otros tiempos y espacios y todo esto gracias a la literatura, claro está...

Así, nos enteramos de que los eclipses han iluminado muchas páginas de libros memorables, que la novela sigue interpretando la Historia, que existen múltiples técnicas para enfocar y estudiar el texto literario, que para ser escritor es necesario osadía y trabajo y que, en algunos casos, dedicarse comprometidamente a las letras puede significar la concreción de un destino funesto...

Ahora, volviendo a la actualidad, y dado que se acercan días de obsequios y placeres compartidos, ¿porqué no regalar un libro? Todavía mejor si de es nuestra editorial...

El editor de Zuramérica

LOS ECLIPSES DE LA LITERATURA

de la antigua Grecia a los
best sellers contemporáneos

Clarín de B.A.



Están presentes en las ficciones desde tiempos remotos. Shakespeare, Homero, Mark Twain, García Márquez, Stephenie Meyer y John Banville, son algunos de los que recurrieron a esta imagen.



“Estos últimos eclipses de Sol y de Luna no nos presagian nada bueno (...). En las ciudades, rebeliones; en los campos, discordias; en los palacios, la traición; y los lazos entre los padres y los hijos, rotos”, dice Gloucester en *El rey Lear* (1603), una de las más famosas tragedias de Wi-

lliam Shakespeare. Los eclipses solares han estado presentes en la literatura desde tiempos remotos, a veces como metáfora y otras como fenómeno astronómico. Ya en la literatura clásica se describen antiguos eclipses: no sólo se cita la desaparición del sol, sino que también se pone de manifiesto la oscuridad que sobreviene inmediatamente.

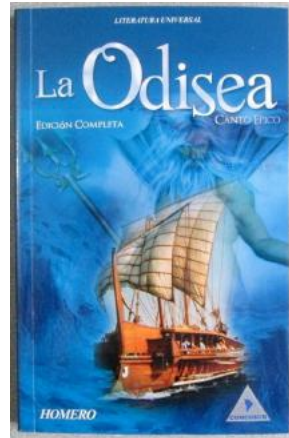
Herodoto, por ejemplo, cuenta en sus *Historias* la ocurrencia de un eclipse solar que tuvo lugar en Sardes, la capital de la antigua Lidia, situada en Asia menor. Apenas partió de allí Jerjes para emprender la campaña contra Grecia, relata, el sol, dejando su sitio en el cielo, desapareció aunque no había nubes y estaba despejado, de suerte que el día se convirtió en noche. Ese eclipse se produjo en el 478 a.C.

A su vez, Plutarco, en su obra *Vidas paralelas* de finales del siglo I y principios del siglo II, cuenta cómo el general tebano Pelópidas, que se distinguió por liberar a su patria del yugo espartano, fue testigo de un eclipse total de sol antes de partir hacia una batalla: buena parte de su ejército, cuando observó que el sol desapareció y en pleno día la oscuridad se cernió sobre la ciudad, se atemorizó al punto de no querer participar en la lucha. Este eclipse ocurrió en el 365 a.C.

Y existen citas similares en otros pasajes de Plutarco, como así también en otros autores. En muchos de estos testimonios se afirma que el sol, ocultado por la luna, desaparece súbitamente: quienes hayan tenido la oportunidad de apreciar un fenómeno de este tipo se habrá dado cuenta que efectivamente ocurre así, tal como se vio este lunes por la tarde.

En *La Odisea*, poema épico griego compuesto por 24 cantos, atribuido al poeta griego Homero, que data del siglo VIII a. C se narra el regreso del héroe griego Odiseo (Ulises) de la guerra de Troya, ante cuyos muros pelearon los griegos durante diez años. Una vez concluida la guerra, Odiseo se separa de la flota de uno de los jefes a causa de una tempestad. A partir de ese momento, su vuelta se ve dilatada por diversos motivos, hasta que el héroe llega a Ítaca, a veinte años de haber partido, y al llegar se encuentra con que un gran número de pretendientes de su esposa Penélope quienes se dedicaban a arruinar su hacienda usando su propio palacio para llevar a cabo continuos festines. Es así que, tras un minucioso plan, logra poner fin a las iniquidades cometidas por los pretendientes en su palacio dándoles muerte. En los versos 356 y 357 del vigésimo canto de la *Odisea* se puede leer lo siguiente: “El Sol desapareció

del cielo, y una terrible oscuridad se extendió por doquier”. Esto concuerda notablemente con lo que ocurre durante un eclipse.



Más acá, en el tiempo

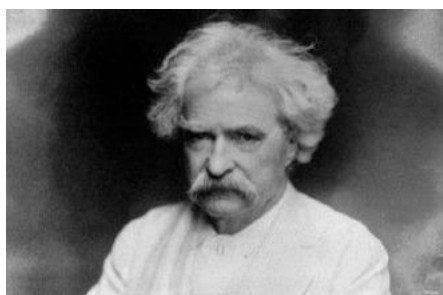
El fenómeno por el que la luna eclipsa al sol fue también citado en novelas y cuentos de autores de los siglos XIX y XX.

En *Las minas del rey Salomón*, popular novela del escritor victoriano de aventuras y fábulas, H. Rider Haggard, escrita en 1882, hay una ci-

ta que describe: “Para salvar a una mujer que está por ser sacrificada por los nativos y previa consulta a un almanaque que registra un eclipse solar total para ese mismo día, el protagonista amenaza con apagar el Sol. En el capítulo siguiente, el narrador cuenta que, esa noche, “Mientras andábamos, súbitamente, de toda clase de sitios inesperados, surgían lanzas brillando a la luz de la Luna. (...) Los rayos lunares se reflejaban en sus lanzas y jugueteaban sobre sus rostros”. Esto sugiere que se trataba de una noche de Luna llena. Pero los eclipses de Sol ocurren durante la Luna nueva, cuando el Sol se esconde detrás de la Luna. No puede haber eclipses de Sol durante la Luna llena. Parece que alguien le señaló el error al autor y, por eso, en las ediciones posteriores de *Las minas...*, el eclipse es de Luna: “¡Deteneos! Nosotros, los hombres blancos de las estrellas, decimos que

esto no debe ser. Dad un paso más y apagaremos la Luna como una lámpara al viento”.

Otro ejemplo: en *Un yanqui en la corte del Rey Arturo*, de Mark Twain, Hank es condenado a morir en la hoguera. Sin embargo, tomando ventaja del conocimiento sobre el momento en que ocurriría un eclipse de sol, logra salvarse, tras lo cual es considerado como un mago portentoso y obtiene el favor del rey Arturo, pero al mismo tiempo gana la envidia del mago Merlín, quien en realidad es un charlatán, y que se convertirá en su principal antagonista.



Aún más cerca, en su cuento *En la noche del eclipse*, del Nobel colombiano Gabriel García

Márquez, se menciona un eclipse, aunque éste no ocurre en realidad, sino que se usa como pretexto para salir con una dama. El escritor relata, en relación al personaje: “...Y sin más vueltas la invitó a contemplar un eclipse total de luna desde la playa. La noticia era nueva para ella. Tenía una pasión infantil por los eclipses, pero toda la noche se había debatido entre el decoro y la tentación, y no encontró un argumento válido para no aceptar.

—No tenemos escapatoria -dijo él-. Es nuestro destino.

La invocación sobrenatural la dispensó de escrúpulos. Así que se fueron a ver el eclipse en la camioneta de él, a una bahía escondida en un bosque de cocoteros, sin huellas de turistas. En el horizonte se veía el resplandor remoto de la ciudad, y el cielo era diáfano y con una luna solitaria y triste...”.

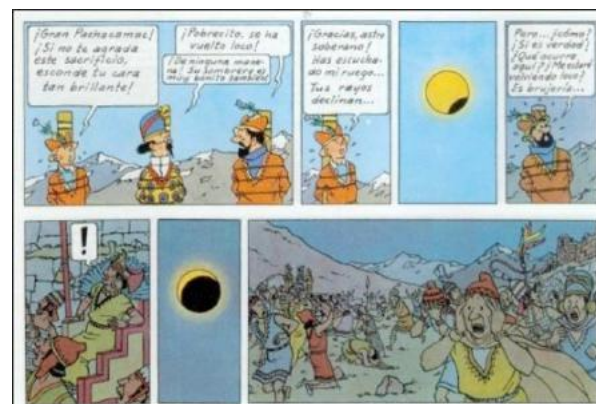


También en su novela *Del amor y otros demonios*, el colombiano relata “El obispo se alarmó cuando le vio llegar con la cara arañada y un mordisco en la mano que dolía de solo verlo. Pero más lo alarmó la

reacción de Delaura, que mostraba sus heridas como trofeos de guerra y se burlaba del peligro de contraer la rabia. Sin embargo, el médico del obispo le hizo una curación severa, pues era de los que temían que el eclipse del lunes siguiente fuera el preludio de graves desastres (...) ...Antes de retirarse, Martina le prometió conseguir el permiso para ver juntas, el lunes próximo, el eclipse total de sol”. Finalmente, el personaje Delaura debe usar un parche en su

ojo como consecuencia del eclipse. La causa: que miró directo al sol.

El popular personaje de Tintín, de Georges Remi, también enfrenta en la ficción esa visión, en el volumen titulado *El templo del sol*: el protagonista y sus amigos están a punto de ser quemados en la hoguera por los incas. En el momento culminante, Tintín le advierte al jefe inca que la ejecución no es aprobada por el dios Sol. Y que, como prueba de ello, dejará de brillar durante unos minutos. Convenientemente, ocurre un eclipse y los incas, asustados, se apuran a liberar a los prisioneros.

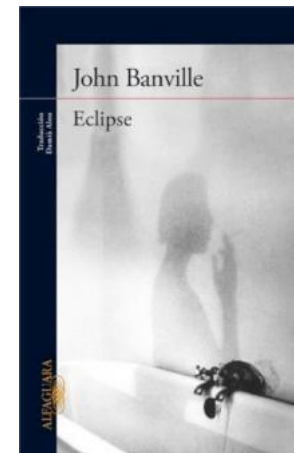


Entre los *best sellers* contemporáneos, la estadounidense Stephenie Meyer, autora de la saga *Crepúsculo*, titula uno de sus éxitos para adolescentes *Crepúsculo, Eclipse* (2007), título cuyo significado va en relación con la trama de este libro que relata un triángulo amoroso entre Bella, Edward y Jacob, tal como la luna, el sol y la tierra cuando se alinean. Esta novela -que contó con una adaptación cinematográfica, lanzada el 30 de junio de 2010- consiguió vender más de 150.000 copias en las primeras 24 horas. Además, fue el cuarto libro más vendido en 2008, solo superado por *Crepúsculo, Luna Nueva y Amanecer* (libros de la misma serie).



Mientras que el irlandés John Banville, a quienes muchos consideran el más fino estilista de lengua inglesa de la actualidad -entre ellos, George Steiner- tiene su propio *Eclipse*, novela del 2002 que muestra su talento literario.

Banville manipula con maestría los hilos emotivos de su relato y, cerca del final, alcanza tonalidades dramáticas de una intensidad nada ordinaria.



En este libro narra la historia de un actor que, después de quedarse mudo un día sobre el escenario, se refugia en la vieja casa de su fa-

milia, donde creció, para tratar de ‘encontrarse a sí mismo’. La relación con su mujer parece destinada al fracaso y su hija, aquejada de un trastorno depresivo, hace ya tiempo que se ha marchado de su lado. En mitad de un paraje desolado y solitario, el protagonista narra episodios de su vida (entreverados con los descubrimientos que realiza conforme avanza la novela) de forma deshilachada, constituidos por recuerdos y sensaciones. Al final, la lentitud se disipa, la atmósfera se llena de nubes, un cuerpo se lanza al vacío y la novela adquiere, en un segundo, una belleza trágica.

Para más información:

<https://www.clarin.com>

INSULTOS ELOGIOSOS...

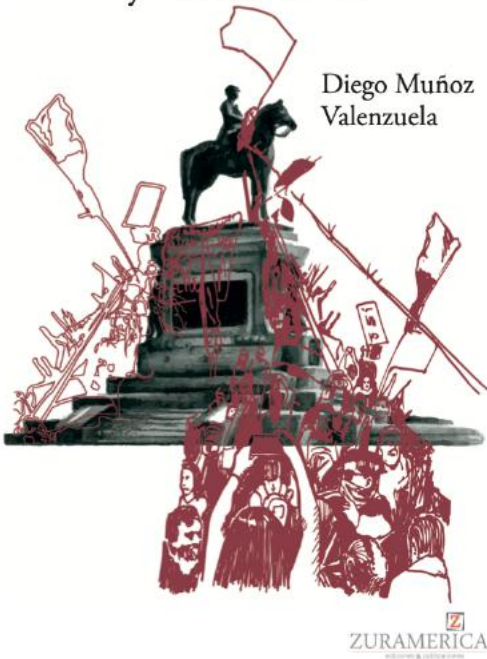
Peonzo

que habla de forma atropellada

Foto de portada - Diego Muñoz Valenzuela

Foto de portada y otros cuentos

Diego Muñoz
Valenzuela



El acertado título nos retrotrae a una suerte de reconstitución de escena, a un ideario rejuvenecido en la narrativa de Diego Muñoz Valenzuela que, por esas paradojas de la historia, nos vuelve a situar en un presente asolado por cercanas miserias de un período deleznable: el largo periplo dictatorial que terminó con los sueños de una generación completa. Desde una visión de mundo que fuera arrasada por los calculados desequilibrios mentales de quienes ostentaron un poder omnímodo, sus personajes parecieran manotear en un océano de duda y desconcierto. Sin embargo, en esa dura travesía, donde las pesadillas persisten en ostentar el sello de lo irremediable, es posible atisbar pequeños intersticios de una esperanza que nunca se extinguió del todo. Cuando el virus de la insensatez corroe los espacios antiguos y modernos, cuando esos invisibles enemigos se mimetizan en un neoliberalismo despiadado cuyo único norte continúa siendo la codicia desenfrenada, esta recreada *mise en scène* de Diego nos representa un salto atemporal, a la vez que nos advierte sin tapujos de los peligros que encierran las sociedades desprovistas de un sentido esencial: su espíritu de fraternidad. Un libro imprescindible hoy como ayer, que se esmera en instalarnos en el centro mismo de nuestro extraviado humanismo.

162 páginas / año 2020 / ISBN: 978-956-9776-03-8

\$ 11.900.-


ZURAMERICA

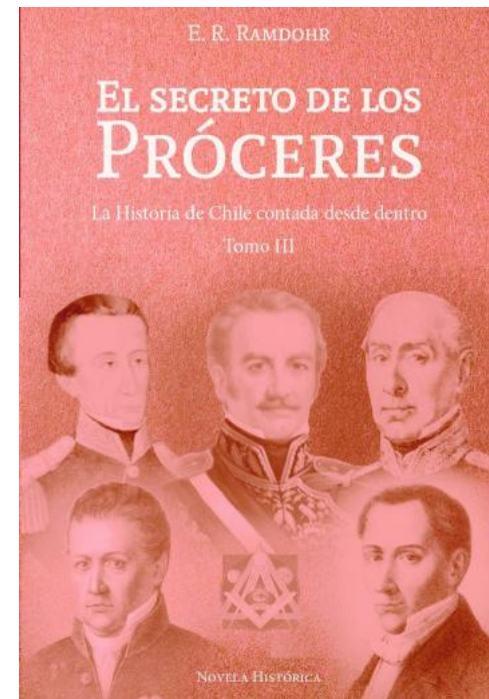
Para adquirirlo directamente **aquí** o contáctenos a: ventas@zuramerica.com

EL SECRETO DE LOS PRÓCERES

(TOMO III)

DE ERWIN ROBERTO RAMDOHR

Un plausible aporte al, en estos días, olvidado género de la novela histórica en el país



La tercera entrega de la saga firmada por el escritor y arquitecto nacional Erwin Roberto Ramdohr (1952) se centra en reflexionar, a través de la ficción literaria, en torno al estigmatizado período del siglo XIX chileno que transcurrió entre la caída de Bernardo O’Higgins y el advenimiento de Diego Portales Palazuelos, luego de la batalla de Lircay.

Plantea un ambicioso proyecto creativo y literario: novelar las primeras décadas de este naciente país, en especial los años que derivaron en el proceso emancipatorio de la corona española, y la época en la cual se gestó la construcción de la nueva institucionalidad republicana.

A mediados del siglo pasado (décadas de 1940, 1950 y 1960) la novela histórica tuvo un auge en la escena literaria chilena, y nombres como los de Magdalena Petit, Jorge Inostroza, Manuel Gregorio Balbontín, Sady Zañartu y

Enrique Campos Menéndez cautivaban a las audiencias con textos que se dirimían entre el ensayo, la ficción desatada y la biografía histórica con amplias libertades argumentales.

En tiempos recientes tenemos a la novela *La ley del gallinero* (1999), de Jorge Guzmán, la cual rivaliza en orientaciones interpretativas con este tercer tomo de Erwin Ramdohr, en torno a idéntico período de inspiración. Y antes al clásico Alberto Blest Gana y su *Durante la reconquista*.

Ramdohr rescata esa tradición provisto de una pluma ágil, amena, dispuesta a indagar en la historia no contada de esos primeros años de nuestra balbuceante República (1823 – 1830), y atestiguar las emociones, dudas, ilusiones y temores íntimos, cuando no sentimentales de esos bisabuelos de piedra —al decir de Joaquín Edwards Bello— de nuestra ciudadanía.

Andrés Bello, José Joaquín de Mora, Isidora Zegers, José Zapiola y el inolvidable Diego Portales, ese padre de la Patria que se niega a ser encasillado en ribetes encorsetados, y digno de la admiración de políticos y de literatos, en ese país que lo invocaba con religiosidad manipuladora, hasta bien entrada la década de 1980.

Porque Portales es el mito humano fundacional de la República, así como, guardando las proporciones, los franceses fundan su segunda grandeza nacional, la posterior a la monárquica, en la figura de Napoléon Bonaparte.

El escritor plantea en su saga, y especialmente en este tomo, que la disputa ideológica entre pipiolos (liberales) y pelucones (conservadores), era la cara de una lucha todavía más sutil y subterránea: la que se forjaba entre la Igle-

sia, los laicos clericales y las incipientes filas de la Francmasonería en tierras sudamericanas.

Situación esta última, quizás sobredimensionada en su real magnitud, pues casi cualquier opositor al régimen de gobierno monárquico podía ser considerado en aquella época un mason, más allá del significado esotérico y de creencias estéticas y filosóficas en un sentido de postura existencial.

Llevada a un plano más científico e historiográfico, sería en el género de la novela, la coyuntura que en el plano del ensayo y de las interpretaciones historiográficas, plantearía un liberal como Ricardo Donoso en su *Las ideas políticas en Chile* (1946).

Sin pretender ofrecer una reflexión teórica a la primera parte del siglo XIX chileno, Erwin Ramdohr plantea una mirada posible y humana a los vaivenes de ese decenio (1823 – 1830)

fustigado con profusión por los historiadores conservadores (Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina y Bernardino Bravo Lira), y rescatado en su dimensión reflexiva por un investigador de data reciente como Gabriel Cid en su *Pensar la revolución. Historia intelectual de la independencia de chilena* (2019).

Las principales cualidades de este tercer tomo resultan de lo ameno que se lee su estilo escritural y de una elaboración dramática de personajes vivos y presentes, más allá de cualquier salto temporal hacia épocas de usos perdidos y desconocidos, en la realidad fáctica, por parte del narrador.

En efecto, los caracteres que intervienen en *El secreto de los próceres* se perciben honestos en el imaginario diegético y estético pretendido por su autor. Y aquel rasgo estilístico es un

logro de representación simbólica y creativa de este corpus en general.

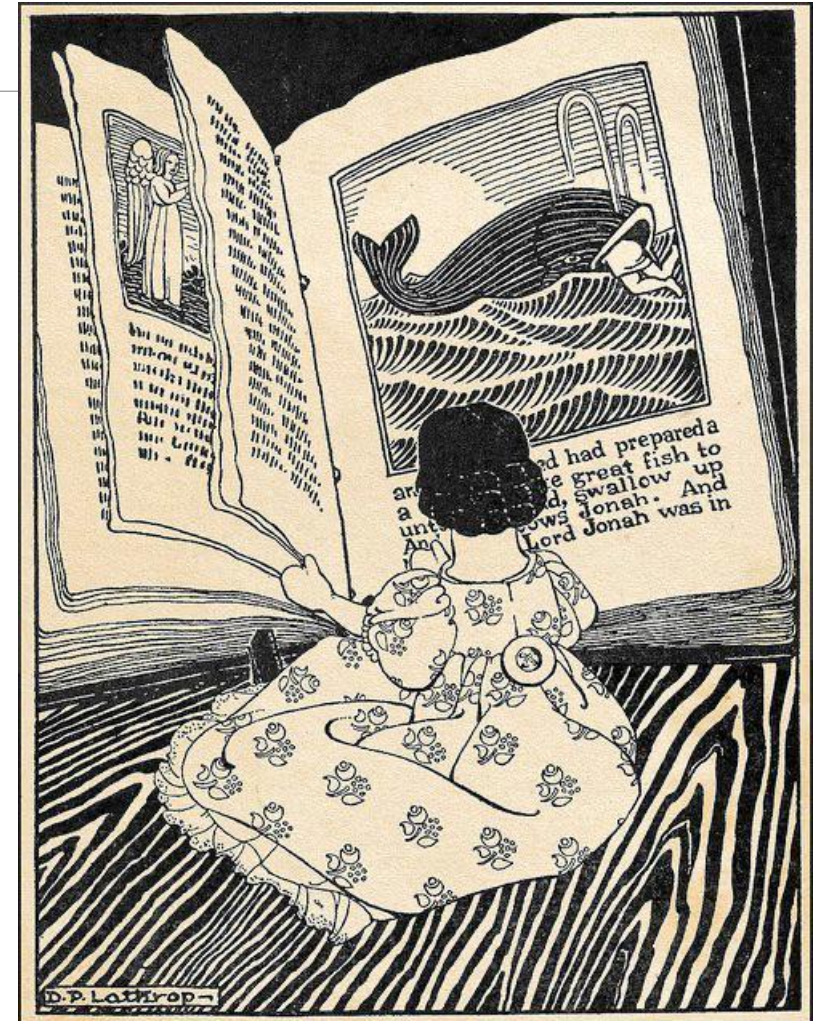
Así, la apuesta literaria de Ramdohr sigue siendo un plausible aporte al en estos días olvidado género de la novela histórica en el país.

Esta reseña apareció en Cine y Literatura el 14 de diciembre 2020

<https://www.cineyliteratura.cl/novedad-tomo-iii-de-el-secreto-de-los-proceres-la-sensibilidad-de-los-origenes-de-la-republica/>

NARRATOLOGÍA

la narrativa desde el punto de vista de su estructura y sus esquemas de funcionamiento



La narratología es la disciplina semiótica [ciencia que estudia los diferentes sistemas de signos que permiten la comunicación entre individuos, sus modos de producción, de funcionamiento y de recepción] a la que compete el estudio estructural de los relatos, así como su comunicación y recepción. Aunque tiene una larga tradición anterior, los mayores avances en el campo de la narratología se deben al estructuralismo, que subdividió y clasificó los rasgos principales de toda narración. Desde la década de 1980, la narratología es una de las herramientas más fuertes para el análisis de los relatos.

El término fue acuñado por Tzvetan Todorov a finales de los 60 en su texto *Grammaire du Decamerón*, y es de los principales exponentes junto con A. J. Greimas, y los críticos franceses Gérard Genette, Claude Bremond y Roland Barthes. Debido a la idea de que existen ciertas estructuras universales adaptables a textos narrati-

vos específicos, se puede decir que los antecedentes de la narratología fueron cimentados por Vladímir Propp con su libro *Morfología del cuento*, y por el análisis estructural de los mitos de Claude Lévi-Strauss. Propp describe los cuentos folclóricos de acuerdo a sus partes constitutivas, y las relaciones de éstas con el conjunto y entre ellas mismas; divide el cuento en siete “esferas de acción” y treinta y un elementos o “funciones”. Por otro lado, Lévi-Strauss propone que los mitos pueden reducirse a unidades individuales denominadas mitemas, las cuales adquieren significado al combinarse entre sí; ese conjunto de relaciones es lo que define al mito, no las particularidades de la narración. El relato, en estas dos concepciones, se considera como una repetición de acontecimientos basados en un sistema.

Todorov distingue entre relato e historia. El relato es el elemento dominante de la obra en prosa; en este se desenvuelve la historia, y le con-

cierne el orden cronológico: en la historia se entretajan varios hilos que van rotándose el orden de importancia en la narración, cada uno a su tiempo, “corresponde a una exposición pragmática de lo que sucedió”. Así pues, la historia se centra en la lógica de las acciones y la sintaxis de los personajes mientras que el relato se centra en el tiempo, los aspectos y los modos de narrar un relato. Sin embargo, Gérard Genette introduce un tercer elemento estableciendo un modelo triádico donde distingue entre historia, relato y narración. Entendiendo historia como el conjunto de acontecimientos que se cuentan, el relato como el resultado del proceso narrativo y finalmente la narración como el proceso a través del cual se enuncian los contenidos de la historia del relato.

Narrador

El narrador es el sujeto de la enunciación del discurso. En el acto de comunicar un mensaje, el narrador es el mediador que relata hechos pasados, creando una atmósfera de presente, tiempo que refiere al momento de la narración. Puede ser un personaje más que se mueve en otro plano a diferencia del resto de los personajes, o una voz que va ocupando distintos puntos de vista a lo largo del relato. Es el puente de comunicación entre el autor y el lector. La línea entre autor y narrador debe ser muy clara, pues no siempre hay una identificación total del uno con el otro, aunque el autor puede manifestarse dentro de su papel de narrador para interactuar directamente con el lector.

Gérard Genette define al acto narrativo y al narrador como “voz”, y menciona tipos de narradores: heterodiegético, homodiegético y

autodiegético, la cual se diferencia del “foco”, que es la perspectiva “del que ve”. Para Gérard Genette el rol del narrador es la narración, es decir, relatar la historia. Además, su discurso puede tener otras funciones extranarrativas: función narrativa de dirección, comunicación, testimonial o ideológica.

Personajes

Son estructuras o efectos de sentido que pueden participar tanto en el discurso narrativo como en las acciones de la historia. Se les describe tanto en sus rasgos físicos como en los de la personalidad, resultando una prosopografía o retrato del personaje. Pueden tener dos dimensiones: funcional, donde motivan la acción por su interacción con el tiempo, espacio y los demás personajes, o caracterizadora, en donde aquello que los define los coloca dentro

de la acción. Se clasifican por su participación activa e importancia en la obra en principales, secundarios y terciarios. En los personajes principales se encuentra el protagonista y antagonista. Los secundarios son aquellos cuya importancia es menor aunque a veces adquieren relevancia en momentos concretos, sirven para conocer mejor a los personajes principales o son relevantes para el avance de la acción. Los terciarios se caracterizan por su fugacidad, aparecen en algún momento y luego desaparecen.

Espacio

Las acciones de la historia se desarrollan en este plano; con la narración se construye la escena de los hechos, a veces ligada a la perspectiva de un personaje o del narrador. Es un espacio manipulable donde el narrador va

guiando el panorama del lector para apreciar aquello que refiera algo significativo en el discurso; el espacio se controla para enfatizar acciones o detalles, de cuya interpretación debe encargarse el lector.

Tiempo

El tiempo determina el orden y duración de los acontecimientos en la narración. El orden temporal es doble porque, por un lado se encuentra el orden canónico de los sucesos, un presente donde “se efectúa el acto de narrar y a partir del cual se delimita el pretérito de la historia”; y por otro, el orden impuesto por el narrador, donde se puede generar la intriga y tensión gracias a la disposición de los eventos en la narración. A estos también se les ha llamado tiempo gramatical y tiempo narrativo, y refieren a la posición temporal que el narra-

dor debe adoptar con respecto al relato, o bien a la “relación entre el acto de narrar y los acontecimientos narrados”. Cuando los acontecimientos no suceden de forma lineal, se le llama anacronía, de la cual hay dos formas: —Analepsis o restrospección: la narración comienza in media res, es decir, se omitieron sucesos previos, pero serán relatados más adelante. —Prolepsis o anticipación: se narran eventos antes de que sucedan.

Acción

Es la unidad fundamental de la narración y el desarrollo de eventos singulares que pueden o no conducir a un desenlace. Requiere de la interacción de otros componentes del relato: del sujeto o sujetos que la desempeñen, del tiempo en el que se desarrolle, y las transformaciones o consecuencias en las que resul-

tarán. En la narrativa es un concepto privilegiado debido a su configuración estructural y dominantes semánticas, cuyo tratamiento las caracteriza para cada género. La trama es un orden cronológico, de diversos acontecimientos presentados por un autor o narrador a un lector. En este sentido, es un concepto referido al conjunto de acontecimientos de una historia según el orden causal y temporal en el que ocurren los hechos.

El concepto de trama fue especial objeto de estudio de los formalistas rusos. La trama se diferencia del argumento en que esta busca establecer conexiones causadas entre los distintos elementos de la narración, y no solamente describir una simple sucesión de una secuencia de acontecimientos.

Tzvetan Todorov desarrolla una gramática narrativa utilizando el *Decamerón* para ejemplifi-

carla: las relaciones entre personajes, que tienen una función sustantiva, dan pauta para hacer un análisis oracional de las historias; los atributos de los personajes tendrían la función adjetival y sus acciones la verbal.

Después, a partir de la identificación de indicios, Todorov hace formulaciones predictivas por los posibles tipos de relaciones que comprometen a las personas en la vida cotidiana, a los que llamará predicados “de base”: el deseo o amor, la comunicación o confidencias, y el de participación o ayuda. Estos predicados base se someten a dos reglas de derivación, a partir de las cuales surgen otro tipo de predicados vinculables a los primeros; la regla de oposición expresa los correlatos opuestos a los predicados base, sin dejar lugar a que sean expresados de otro modo. La regla de voz pasiva, además de dar por hecho la existencia de sus correlatos, señala que de los predicados

“de base”, al ser sometidos a una reconstrucción en voz pasiva (mas no una reversión del enunciado), surgen otras proposiciones. El último predicado es el advertir, el cual surge en dos niveles de apreciación de una relación: el “ser” y el “parecer”; este denota las verdaderas intenciones de ciertas acciones, revela las apariencias.

Fabulario - Rodrigo Barra Villalón



Si nos dejamos llevar por un sentido literal, este libro sería un conjunto de fábulas, esto es, una serie de breves relatos con intención didáctica o crítica y su consecuente moraleja final. Pero una vez iniciada la lectura del libro entendemos que estamos frente a otro tipo de escritura, que deja de lado lecciones o enseñanzas estrictamente puntuales, para adentrarse en un territorio de límites más que porosos, donde lo falso puede sonar verdadero y también su contrario, y donde el enigma cede el paso a la evidencia.

216 páginas / año 2019 / ISBN: 978-956-9776-01-4

\$ 12.500.-

Para adquirirlo directamente, solo **sigas este enlace** contáctenos a: ventas@zuramerica.com


ZURAMERICA

ENTRE VOLUNTAD Y OFICIO

desde un simple grano de
mostaza, hasta convertirse en
un árbol frondoso de estéticos
y universales follajes



Edmundo Moure

Una de las experiencias más comunes que rescató de los talleres literarios –sea en los que asistí como simple escucha, o en los que he impartido– es constatar el temor pudoroso, de la mayoría de los participantes, por mostrar sus escritos, considerados asunto íntimo, secreto, casi pecaminoso... “Escribo para mí y nunca muestro a otros mis pensamientos”, es una frase asaz repetida; timidez que suele afectar más a los que poseen talento que a quienes carecen de él...

Hay que subrayar que todos empezamos así, desde los más pintados hasta los menos bendecidos por la musa de los pendolistas... Recuerdo que, allá por los comienzos de la década de los 60’, entregué a mi padre ciertos textos, escritos en forma de estrofas, que yo consideraba poéticos. Cándido padre cogió la carpeta con las bisoñas cuartillas y la depositó en su mesilla de noche. Pasaron dos semanas y el viejo no daba señales de esbozar una opinión crítica, que

yo aguardaba, lleno de ansiedad, como si esperase una respuesta a urgentes apremios amorosos... Hasta que le pregunté: -“Papá, ¿qué le parecieron mis poemas?” -“¿Cuáles poemas?”, preguntó... -“Los de la carpeta”, le dije, casi en un susurro... Me miró, como si sus ojos azules me atravesaran... -“¿Tú has leído a Quevedo?”, me espetó, a bocajarro. - “No –le respondí– salvo algunas lecturas de colegio”... -“Ahí están las obras completas –me dijo– léelas”, y me entregó la carpeta.

A los pocos días destruí aquellos engendros mal versificados. Pasarían quince años de lecturas e intentos de macular la página en blanco, hasta que *La Voz de la Casa* me otorgaría algo de madurez escritural, sin infligirme, ante el emocionado discurso que me dictaban los muros de esa morada de los sueños, vergüenza de mí mismo ni de mis palabras. Fue una buena lección crítica la de *Cándido*, sin discursos ni verborrea

innecesaria, elocuente como muchos de sus gestos, a la vez olímpicos y aldeanos.

Quizá una de las ideas más equivocadas respecto a la escritura sea aquella que proviene del convencimiento que “hemos vivido muchas situaciones extremas, padecido variados sufrimientos y experimentado goces inefables”, como si ello fuese una suerte de credencial o patente de corso para perpetrar textos de supuesto valor estético.

Pero no funciona así el arte de la literatura, puesto que no es un “reportaje” o una fotografía de la realidad inmediata, sino una morosa decantación de experiencias vitales e íntimas que logran su materialización expresiva en el lenguaje y no una simple transposición de lo cotidiano.

El error proviene, a menudo, del desconocimiento del lenguaje como materia áspera y difi-

cil de dominar, muchas veces traicionera, al punto de agobiarnos cuando las palabras no expresan, literalmente, lo que pensamos y sentimos; por eso, tal vez, se dice que los mejores poemas son aquellos que se pensaron e intuyeron, sin que jamás fuesen escritos.

Ahora bien, el asunto de escribir reside en la compulsión, en el impulso irrefrenable por expresarse a través de la palabra. Si sentimos tal apremio, seremos escritores, más o menos afortunados, como ocurre en todos los oficios y especialidades. Ser poeta es cosa distinta. La poesía es una aptitud que permite “ver y sentir donde la mayoría ni ve ni siente”; es como la música, cuyo “duende” no se enseña en las academias, aunque en ellas podamos aprender técnicas y recursos, pero no se hace un poeta en el taller ni un músico en el conservatorio.

Pero cuando pasa un tiempo considerable en que atesoramos escritos, sea guardados en gavetas o en el cofre secreto del corazón, debemos darlos a conocer a otros, buscando a nuestros “pares de alma”, porque también existe el riesgo atroz del que nos previene Cristo, cuando advierte: “No deis vuestras margaritas a los cerdos, porque las pisotearán, volviéndose contra vosotros para atacaros...”. Es una gran verdad de quien inspirara ese tremendo poema que se titula “Bienaventuranzas”, conocido también como “El Sermón de la Montaña”, inspirado por el más grande conocedor del alma humana, de sus grandezas y miserias (sobre todo de estas últimas, que siempre serán -¡ay!- buena materia literaria).

En la voluntad inextricable de los dioses está que ellas logren alzarse, desde un simple grano de mostaza, hasta convertirse en un árbol frondoso de estéticos y universales follajes.

La criba del tiempo es necesaria; más que eso, imprescindible. Quizá en diez o veinte años alguien escribirá los cuentos o la novela luminosa de estos días, a la vez aciagos y propicios a la esperanza.

En el antiguo Egipto las bibliotecas eran llamadas los “tesoros de los remedios del alma” porque por ellas se podía ‘curar’ la ignorancia, la más peligrosa de las enfermedades.





RODRIGO RAMOS BAÑADOS
(Antofagasta, 1974)

Es periodista y escritor. Ha publicado las novelas *Ciudad Berraca* (Alfaguara 2018), *Pinochet Boy* (Narrativa Punto Aparte 2016), *Namazu* (Narrativa Punto Aparte 2013), *Pop* (Cinosargo 2009 y Electrodependiente de Bolivia 2018) y *Alto Hospicio* (editorial Quimantú 2008 y reedición Emergencia Narrativa 2014). A esto se suman los libros de crónicas *Tropitambo* (Quimantú 2018) y *Matute* (Aparte 2020). Obteniendo tres veces la beca de creación literaria del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Actualmente reside en su ciudad natal.

Palo Blanco

y otros cuentos

Rodrigo Ramos Bañados


ZURAMERICA

Rodrigo Ramos Bañados es de aquellos que suelen denominarse un “escritor secreto”, alguien que vive su oficio con convicción y aun así, o quizá por lo mismo, hace gala de una discreción proverbial, escribiendo lejos de los escenarios, amparado tan solo en su voluntad inquebrantable de narrador. Conozco su obra previa, y en lugar destacado su novela *Namazu*, un texto que, con sus protagonistas tan atrabiliarios como seductores, me sigue pareciendo deslumbrante y un tributo excepcional a los seres menores, engrandeciéndolos, otorgándoles esa cualidad universal que los buenos escritores saben rastrear en sus obras, haciendo suya la premisa aquella de Hemingway de cultivar a la par la ironía y la compasión como la clave para acceder al corazón humano. Me honra, por lo mismo, recomendar estos cuentos que ahora pone en nuestras manos. Es imperativo seguir en detalle la obra de un escritor secreto, para ir atesorando en nuestra memoria y nuestra biblioteca cada una de sus proezas narrativas.

JAIME COLLYER



142 páginas / año 2020 / ISBN: 978-956-9776-06-9 **\$ 11.900.-**

Para adquirirlo directamente **aquí** o contáctenos a: ventas@zuramerica.com

TERESA WILMS MONTT

—TEBAC—

... Tristes somos
aquellos que no
hemos nacidos
de los dioses



Biografías

María Teresa de las Mercedes Wilms Montt nació el 8 de septiembre de 1893 en la ciudad de Viña del Mar, siendo la segunda de las seis hijas del matrimonio compuesto por Federico Guillermo Wilms Montt y Brieba, y Luz Victoria Montt y Montt; ambos pertenecientes a dos influyentes familias de la elite mercantil y política del Chile de los primeros años del siglo XX. Dado el contexto social de la clase y época a la que perteneció, la educación de Teresa Wilms estuvo a cargo de estrictas institutrices, que la adiestraron en todas las materias y deberes propios a la búsqueda de un conveniente marido. Sin embargo, desde pequeña, se manifestó contraria a los valores y enseñanzas de su clase, que poco acomodaban a su espíritu libre y creativo.

Creció de ese modo entre clases de idiomas, lujos y elegantes banquetes, exhibiendo tempranamente su carisma y talento en el piano, el canto y, especialmente, las letras. Fue en uno de

esos eventos, celebrado en el palacio de su padre en el verano de 1910, donde conoció al joven Gustavo Balmaceda Valdés, familiar directo del malogrado presidente José Manuel Balmaceda, quien tenía ocho años más que ella y trabajaba como funcionario del Servicio de Impuestos del Estado. Pese a oposición de ambas familias, Teresa -con diecisiete años de edad y contra la voluntad de sus padres- contrajo matrimonio con Gustavo Balmaceda, relación de la que nacieron dos hijas.

Los celos del marido y las persistentes inquietudes intelectuales de la joven, decidida a adentrarse en espacios entonces reservados a los hombres, socavaron muy pronto el matrimonio, marcando el inicio del destino errante y trágico de la escritora.

Entre 1911 y 1914 la familia se trasladó a diversas ciudades, tan extremas como Valdivia

e Iquique. Fueron períodos de abismante soledad que sin embargo resultaron muy fructíferos en el plano creativo: durante estos años se volcó a la escritura de sus diarios íntimos y sostuvo una estrecha amistad con influyentes artistas e intelectuales, como el poeta Víctor Domingo Silva.

Durante su permanencia en Iquique dio a conocer sus escritos por primera vez en forma pública, bajo el seudónimo de "Tebac", y adhirió a los ideales feministas y anarquistas, inspirada por el discurso de la feminista española Belén de Zárrega y el chileno Luis Emilio Recabarren. Testigo de esta excitación intelectual, Gustavo Balmaceda la envió de regreso a Santiago, donde quedó al cuidado de su familia paterna y, meses después, fue recluida en el Convento de la Preciosa Sangre.

En 1916, tras un intento de suicidio producto del encierro forzoso, escapó hacia Buenos Aires. La llegada a esta ciudad le permitió abrazar la autonomía como mujer y como escritora. Comenzó colaborando en la revista *Nosotros*, donde también lo hicieron en su oportunidad Gabriela Mistral y Ángel Cruchaga Santa María. En 1917 publicó sus dos primeros libros. Su ópera prima, *Inquietudes sentimentales*, conjunto de cincuenta poemas con rasgos surrealistas, gozó de un éxito arrollador entre los círculos intelectuales de la sociedad bonaerense. Lo mismo ocurrió con su segunda obra, *Los tres cantos*, trabajo en el que exploró el erotismo y la espiritualidad.

En 1918 se trasladó a Madrid. Allí publicó otras dos obras, ampliamente reconocidas por la crítica literaria española: *En la quietud del mármol* y *Anuarí*. La primera es una elegía de tono lírico, compuesta por 35 fragmentos, con la

muerte como motivo central. Escrita en primera persona, enfocó su interés en el rol mediador del amor de la vida. *Anuarí*, en tanto, es un homenaje a un difunto enamorado argentino.

De regreso en Buenos Aires, en 1919, publicó su quinto libro, titulado *Cuentos para hombres que todavía son niños*, en el que evocó su infancia y algunas experiencias íntimas, en narraciones de gran originalidad y fantasía. Luego continuó viaje por Europa, visitando Londres y París, pero manteniendo siempre residencia en Madrid.

El año 1920 se reencontró con sus hijas en París; pero tras la partida de ellas, enfermó gravemente. En esta crisis, consumió una gran dosis de Veronal y tras una larga agonía, falleció el 24 de diciembre de 1921. Tenía 28 años. En las últimas páginas de su diario, escribió:

"Morir, después de haber sentido todo y no ser nada...".

¡Novedad!

Apasionado por la contingencia socio-política desde su más temprana juventud, el autor, impulsado por los inspiradores acontecimientos derivados de los movimientos que se iniciaron el 18 de octubre de 2019, no ha podido mantenerse indiferente ante el clamor social y el poder espontáneo de multitudes, motores de una lucha evocadora de genuinos sentimientos de justicia distributiva. De ahí ha obtenido la fuerza necesaria para que sus inquietudes escriturales salgan del anonimato y pueda dar vida a esta obra que, mediante la entrega de herramientas analíticas y de percepciones propias, busca ser un aporte para la necesaria discusión social del Chile del futuro y a su sentir irrefrenable frente a este despertar que, no cabe duda, lo conduce hacia el control de su propio destino.



EL JAGUAR AHOGÁNDOSE EN EL OASIS

CÁRDENAS, J. I.



 ZURAMERICA

210 páginas / año 2020 / ISBN: 978-956-09546-0-2 **\$ 12.500.-**

Para adquirirlo directamente **aquí** o contáctenos a: ventas@zuramerica.com